

SOBRE LA CONDICION DE DISCIPULO Y SU SIGNIFICADO PARA LA CRISTOLOGIA

«Ἰησοῦς Χριστὸς ἔχθές καὶ σήμερον ὁ αὐτὸς καὶ εἰς τοὺς αἰῶνας» (Heb 13, 8)

PEDRO RODRIGUEZ

I

Los estudios sobre Jesucristo que han tomado cuerpo en torno a la distinción "Jesús histórico - Cristo de la Fe" y a la teoría de la desmitologización contienen indiscutibles aportaciones al desarrollo de la exégesis bíblica y de la dogmática, de las cuales no podrá prescindir en adelante quien desee dedicarse científicamente al trabajo teológico (1). Sin embargo, la situación actual de esos estudios ha puesto simultáneamente en evidencia que las más profundas contradicciones y la perplejidad dominan hoy la panorámica cristológica (2). Me refiero fundamentalmente a la literatura sobre el tema que nos ofrecen los teólogos protestantes en especial los de habla alemana (3). La exégesis católica en sus figuras

(1) Una prueba de ello, al nivel autorizado del Magisterio eclesiástico, es la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica, de 21-IV-64, sobre la veracidad histórica de los Evangelios. Texto en AAS 66 (1964) 712-718. He aquí un pasaje significativo: "Ubi casus fert, interpreti investigare licet, quae sana elementa in *methodo historiae formarum* insint, quibus ad pleniorum Evangeliorum intelligentiam uti possit" (p. 713).

(2) Puede verse, como ejemplo, el conjunto de estudios incluidos en la obra colectiva H. RISTOW-K. MATTHIAE, *Der historische Iesus und der kerygmatische Christus*, Berlín 1961, 710 páginas.

(3) Una documentación muy completa y crítica en J. R. GEISELMANN, *Jesus der Christus, I. Die frage nach dem historischen Iesus*. München 1965, 13-133 y en J. M. ROBINSON, *Kerygma und historischer Iesus*. Zürich 1967, 11-162.

más representativas (4) ha hecho frente con seriedad científica a las cuestiones más urgentes que presenta hoy la crítica protestante, preparando el terreno para una futura síntesis cristológica que supere de modo creador las cuestiones suscitadas en aquel otro ámbito. Pero esta tarea podría verse impedida si los teólogos católicos nos limitamos a “entrar en la rueda”, insertándonos en la fase actual de la problemática protestante. Se diría que con excesiva frecuencia se prescinde del hecho capital de que el moderno planteamiento de la *Christusfrage* en la teología evangélica viene condicionado por toda una historia espiritual y teológica y es incomprendible sin ella. Una simple inserción en la formulación actual del problema, sin estudiar críticamente aquellos presupuestos histórico-teológicos, es ocasión de sumirse en las mismas perplejidades que aquejan a buena parte de esa producción literaria de inspiración protestante.

Es cierto, por otra parte, que el tema de Cristo —con todas sus implicaciones para la inteligencia, el corazón y la conducta del hombre— estará siempre abierto, por su propia naturaleza a todo hombre que viene a este mundo, y cada generación, en cierto sentido, debe enfrentarse con él y resolverlo como si fuera la primera vez. Pero se tratará siempre de una cuestión *vital* —es decir, en la que nos va la *vida*— y no de mero ejercicio intelectual, terreno reservado a los iniciados en ciertas especulaciones academicistas. Justamente es este el reproche más serio que, cristianamente hablando, puede hacerse a esa teología. Alguien ha dicho, con profunda verdad, que hoy el cristiano que se acerca a los modernos debates cristológicos experimenta el desconsuelo incontenible de María de Magdala ante el sepulcro vacío: “¡se han llevado a mi Señor y no se dónde lo han puesto!”. Y un profesor de Dogmática, al pasar revista a las sutilezas en las que algunos disuelven hoy el problema de Dios y el misterio de Cristo, confiesa que sería mucho más honrado reconocerse sencillamente ateos (5).

En todo caso, el Cristo vivo de la Revelación, el único Jesucristo en que se nos da el perdón y la gracia, aparece con demasiada frecuencia “ideologizado”, a modo de una categoría de pensamiento o de una “cifra”, un punto de referencia utilizable en los intentos humanos de llegar a una mejor comprensión del hombre y del mundo. Esta ideologización de la cristología, en la medida en que se da, es un signo de que la teología se separa de su relación inmanente con la comunidad cristiana, a la que debe servir: ya no parte de la fe viva de la Iglesia y, por ello, se hace esotérica, pura elucubración sobre un objeto de estudio, en este caso Cristo (6). So-

(4) Citemos los nombres de Cerfaux, Benoit, S. Lyonnet, X. Leon-Dufour, Ri-gaux, Schelkle, Schmid, Schnackenburg, etc.

(5) “Wenn nicht mehr zu sagen ist als das, was heute oft in der Theologie gesagt wird, sollte man ehrlich sein und den Schritt in die Absurdität wagen. Ein Atheismus wäre besser und ehrlicher als diese christliche Vernebelung”. (J. RATZINGER, *Christologie*, pro manuscripto, Tübingen, 1967, p. 23).

(6) Las relaciones entre teología, fe de la comunidad y magisterio eclesias-tico fueron objeto de un importante discurso de Pablo VI con ocasión de la so-

bre la comunidad se proyecta entonces no una reflexión que desde la fe, abra nuevas perspectivas a la vitalidad de la fe, sino, sencillamente, una ideología esterilizante (7). Toda esta problemática y sus implicaciones ya la experimentó San Pablo, cuando aconsejaba a los colosenses (2, 6-8): “Vivid según Cristo Jesús, el Señor, tal como le habéis recibido; enraizados y edificados en él; apoyados en la fe tal como se os enseñó, rebosando en acción de gracias. Mirad que nadie os esclavice con la falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo”.

Traigo aquí estas consideraciones sobre la situación actual de la cristología porque, a mi parecer, la comprensión de la figura de Cristo que nos brinda todo un sector de la teología contemporánea está en el fondo de la profunda crisis de la fe que atraviesan hoy muchos espíritus, lo mismo entre los católicos que entre los otros cristianos. En efecto, si hoy se ha hecho problemático para muchos el ser cristiano y el contenido mismo de la existencia cristiana, ello es debido —no en último lugar— a que, por un oscurecimiento teológico del carácter *actualmente personal y viviente* de la figura de Cristo, no se comprende la condición de cristiano como una *relación de entrega personal*, en diálogo y obediencia amorosa, a la persona de Jesucristo, camino hacia el Padre. Y viceversa, la dificultad del teólogo para insertarse vitalmente en esa relación personal con Cristo (en la que consiste reductivamente toda la fe de la Iglesia), repercute a su vez en el quehacer cristológico: la comprensión de Cristo se desplaza entonces desde su misterio redentor divino-humano hacia el campo de las ideologías, de las sabidurías de este mundo. También a quienes nos dedicamos al trabajo teológico nos afecta, con demasiada frecuencia, este “pensamiento”, escrito en un contexto más general: “Ese Cristo, que tú ves, no es Jesús. —Será, en todo caso, la triste imagen que pueden formar tus ojos turbios... —Purifícate. Clarifica tu mirada con la humildad y la penitencia. Luego... no te faltarán las limpias luces del Amor. Y tendrás una visión perfecta Tu imagen será realmente la suya: El!” (8).

lemne clausura del Congreso de Teología del Concilio Vaticano II, de 1 de octubre de 1966. Cfr. AAS 68 (1966) 889-896. A este texto pertenece este párrafo: “Huiusmodi communionis studium ad ipsam christianae vocationis essentiam pertinet, sicut Joannes Apostolus docet (cfr. 1 Ioh 1, 2-3); sed peculiari modo ad essentiam etiam pertinet optimae cuiusque theologiae viae atque rationis. Divina veritas in universa christiana societate a Spiritu Sancto servatur: quem ob rem illic veritatem eo facilius invenietis, quo artius communionis vinculo coniuncti vixeritis cum universa fidelis populi societate, et humilitate cordis aemulando *parvulos*, quibus caelestis Pater suae naturae suorumque consiliorum mysteria apertius revelat” (p. 894).

(7) El caso más típico de este género de ideologías cristológicas es, tal vez, en nuestros días la llamada “teología de la muerte de Dios”: “le dernier et le plus brillant des produits de la trop célèbre théologie existentielle”, según Karl BARTH (*Entretiens à Rome après le Concile*, Neuchâtel, 1968, p. 7). Sobre este tema, cfr. C. Duquoc, *La “mort de Dieu”: signification d’une théologie*, en “La Table Ronde”, enero 1968, pp. 23-35.

(8) J. ESCRIBA DE BALAGUER, *Camino*, n. 212.

En efecto, si la teología es una manifestación de la vida de la Iglesia, y el teólogo, un fiel cristiano, el quehacer teológico ha de estar también penetrado por las leyes estructurantes de la "vida nueva". Y una de esas leyes —paradójica— es la de la necesidad de una continua *conversión de los ya convertidos* para poder descubrir de nuevo al *Cristo de la fe*: "Convertíos y creed en el evangelio" (Mc 1, 15). Purificación, penitencia, fe, amor. Estos hitos jalonan cíclicamente —siempre hay que volver a ellos— el desarrollo de la vida cristiana individual y comunitaria, y de la teología, que es una función de esa vida.

II

Para comprender a Jesucristo hay que estar entre sus discípulos. "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?". Las respuestas que proceden de los recursos inmanentes al hombre, como se ve en el texto evangélico, no son válidas. "Y vosotros, quién decís que soy yo?". Sólo la respuesta que no surge de la carne ni de la sangre, sino del Padre que está en los cielos, penetra en el misterio del Señor: "tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (cfr. Mt 16, 13-17). Si la teología es una función de la fe —una actividad, por tanto, propia de *discípulos*—, la tarea cristológica exigirá profundizar, a partir de la fe, en el ser y en la obra de Alguien —el Cristo, el Hijo de Dios vivo—, de quien los hombres podemos ser hoy "discípulos" en el sentido neotestamentario de la palabra.

Una primera clarificación se impone. Es absolutamente diverso ser cristiano y ser, por ejemplo, marxista, aristotélico, kantiano, o budista. Ser discípulo de Cristo o seguidor de Kant, Marx, Aristóteles o Buda son realidades de todo punto diversas. Al kantiano o al marxista le interesa, exclusivamente, la *doctrina filosófica o social* del maestro, su interpretación del mundo: desde ella quiere encontrar el sentido interno de la realidad. Pero la persona de Kant o de Marx, o de cualquier otro maestro humano, no cuenta —no puede contar— en absoluto para los seguidores de su doctrina; a lo más puede tener un interés histórico, en la medida en que el estudio de aquella persona *que vivió* puede contribuir a la comprensión de su sistema de ideas.

La diferencia con el discípulo de Cristo es de todo punto radical. Cuando Jesús afirmaba que a los discípulos no les era lícito llamarse ni llamar a nadie sobre la tierra Maestro", "porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo" (Mt 23, 10), estaba ya expresado el carácter único e irreplicable de la relación que él y sus discípulos debían mantener. Ser cristiano, en efecto, no es ante todo aceptar la doctrina predicada por un antiguo maestro, que ha demostrado una formidable capacidad de interpretación de la realidad y de señalar criterios para la conducta humana. No. La condición de discípulo de Cristo, al cabo de los siglos, dice, —como en el caso de la comunidad terrena de discípulos de Jesús— relación perso-

nal del discípulo a la persona única de Jesucristo, que *vivió* una existencia histórica y ahora *vive* una existencia gloriosa. En aquel tiempo lejano era Jesús el que juntaba a su alrededor discípulos, mientras caminaba por Galilea, hoy es el Cristo glorioso, que actúa en la Iglesia, el que se dirige a los hombres para transformarlos en discípulos. Pero entre Jesús y el Cristo hay una continuidad personal —Jesucristo: Jesús es el Cristo— y tanto en una fase como en otra de la obra redentora, el discípulo entra en relación personal con su Señor y Maestro. Esa relación personal —como veremos después— es fe amorosa en el misterio de salvación gratuita representado por la persona y obra de Jesús. El encuentro de salvación, por el que el hombre entra en esa misteriosa relación con Jesucristo, le lleva, es cierto, como de la mano a la rendida aceptación de la doctrina predicada por el Maestro, e impulsa a una reflexión sobre la significación de su persona y su doctrina para la comprensión de Dios, del hombre y del mundo. Pero el momento doctrinal y especulativo es ulterior y no el más característico del discipulado cristiano: lo original y primario será siempre la misteriosa relación personal que el discípulo mantiene con el Hijo de Dios hecho hombre.

Si las tendencias cristológicas actuales, a que nos hemos referido al principio, llevan a la perplejidad existencial, es precisamente porque difuminan o niegan este momento radical de la existencia cristiana y se mueven de hecho en aquel ulterior momento. Aparece así la cristología ideologizada, que trae siempre aparejada una concepción del ser cristiano a la que le falta su entraña: la relación personal e inefable del hombre con Jesucristo. Cuando Jesús no se presenta tan extrínseco al “sistema” como en el caso de los grandes pensadores o fundadores de religiones antes citados, lo encontramos “dentro” del sistema, como una categoría del mismo, no como la Persona viviente a la que el discípulo se entrega en correspondencia a su entrega salvadora.

Por eso estimo que uno de los criterios más certeros para juzgar a las cristologías contemporáneas, es someterlas al *test* del seguimiento cristiano de Cristo: de ese Cristo del que hablan, ¿se puede ser discípulo en el sentido que el Nuevo Testamento da a esta palabra? En caso de respuesta negativa, esa doctrina sobre Cristo no es válida, no es verdadera teología, no cumple su función de servicio. A la vez, el criterio del seguimiento de Cristo supone una ayuda al quehacer cristológico de la teología: por una parte, esto es tarea de *discípulos*, que estudian al Cristo viviente y vivificador que nos ofrece la revelación por otra, es presentación a la comunidad eclesial y a la comunidad humana de una figura de la que se puede ser discípulo en aquel original sentido a que antes aludíamos (9).

(9) Lo que aquí decimos no es, en última instancia, sino una concreción, al hilo de nuestras reflexiones, de la función de servicio eclesial que es propia de toda la teología, y que en el citado discurso de Pablo VI se expresa con estas palabras: “*Iti (doctores theologi) enim in hoc valde laetantur, ac valde laetari debent, quod et christianae communitati et Magisterio sese addictos sciunt. Eo-*

III

La cuestión decisiva consiste, pues, en comprender qué es un discípulo de Cristo según la Revelación divina. Algo hemos dicho ya en los párrafos precedentes al usar indistintamente las palabras "discípulo" y "cristiano", y al hablar de una *relación de persona a persona* entre Cristo y su discípulo.

La característica del estado de cristiano como situación de discípulo es propia de la profundización postpascual en el mensaje de salvación que realiza la comunidad primitiva (10). De ello darán los Hechos de los Apóstoles el primer testimonio explícito: "Fue en Antioquía, donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos" (Act 11, 26). La palabra "discípulo" deja de ser un concepto técnico, empleado para designar al pequeño grupo de personas que acompañaban a Jesús durante su vida pública y se dedicaban, junto al Maestro, a un ministerio en orden al Reino de los Cielos; ahora "discípulo" se transforma en "une catégorie de salut individuelle" (11) "une terme caractérisant l'état de chrétien ainsi que l'étique correspondante" (12).

Pero si esta evolución se da, es por la convicción gozosa que la comunidad cristiana tiene de que Jesús, glorificado después de su Resurrección, está vivo en medio de los suyos y que, ahora como entonces, llama a los hombres a su seguimiento y establece con ellos una relación salvadora de persona a persona, que sólo ahora, después del acontecimiento pascual, pueden comprender en toda su sobrecogedora grandeza.

Esta identificación de "discípulo" y "cristiano" que realiza la primera generación cristiana y queda recogida en el Nuevo Testamento, es la conmovedora manifestación de la fe que la comunidad primitiva tenía en la identidad personal del Jesús de Nazareth y el Cristo glorioso. Para los discípulos, Jesús es el Cristo. En efecto, la característica fundamental del discípulo en la vida terre-

rum munus magno Ecclesiae muneri interseritur, quod eo spectat, ut hominum animis impertiatur salus; quam ob causam excellens eorum momentum non potius in novis opinionibus doctrinisve proponendis consistit, quam in constanti ac studiosa cura *verba vitae aeternae* dicendi; ita ut in animis penitus insideant eosque ad fidem Iesu Christi, unius omnium servatoris, vel perducant, vel in ipsa confirmant. Qua de re (...) cum Ecclesiae Magisterio sollicitudine communicabunt, in fidelium notitiam perferendi non aliquam a semetipsis inventam, sed ab uno Iesu Christo traditam veritatem, utpote quae in sancta Ecclesia, ducta sacris eius Magisterii, ab omnibus ubique fide teneatur" (páginas 893-94).

(10) Para toda esta cuestión, es imprescindible remitirse a la importante investigación de A. SCHULZ, *Nachfolgen und Nachahmen. Studien über das Verhältnis der neutestamentlichen Jüngerschaft zur urchristlichen Vorbildethik* München, 1962. Una síntesis de este trabajo, titulada *Jünger des Herrn* München, 1964), ha sido publicada en francés bajo el título *Suivre et imiter le Christ d'après le Nouveau Testament*, Paris, 1964. Citamos la obra de Schulz por esta versión francesa.

(11) *ibidem*, p. 57.

(12) *ibidem*, p. 59.

na de Jesús era ésta: el discípulo es un hombre llamado por Jesús para que viva con él, lo siga a todas partes y participe de su suerte (13). Este es precisamente el rasgo que, reinterpretado —porque Jesús ya vive su existencia gloriosa—, permanecerá en la ulterior evolución del concepto: después de la muerte y resurrección del Señor, los que reciben la llamada y responden, los “discípulos”, viven con El porque ¡El vive! Esta y no otra será la primera comprensión —y, en cierto sentido, la única— que Pablo tendrá del misterio de Cristo, cuando “la voz” le diga junto a Damasco: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Act. 9, 5). Así aprendió Pablo que ese Jesús, a quien él creía muerto, vive y mantiene una misteriosa solidaridad con los cristianos. El Apóstol, aunque en sus epístolas no se encuentren los temas literarios μαθητής (discípulo) y ἀκολουθείν (seguir a alguien) —pues él está colocado desde el principio de su encuentro con Cristo en la situación postpascual—, explicará después cómo esa relación personal es no sólo vivir *con* Cristo, sino vivir *en* El (14).

San Juan insiste en que la fe y el conocimiento que de ella deriva son el fundamento del estado de discípulo (15): “Nosotros *sabemos* y *creemos* que tú eres el Santo de Dios” (Ioh 6, 67). Es decir: la verdadera relación personal con Jesús arranca de la fe: por eso, el encuentro con Cristo puede ser al cabo de los siglos más auténtico que el que tuvieron con Jesús durante su vida terrena falsos discípulos que, por falta de fe, se escandalizaron de El —dura es esta doctrina—, “se volvieron atrás y ya no le acompañaban” (Ioh 6, 66).

La fe se despliega en la caridad, y en ese despliegue —fe amorosa— consiste la *esencia* misma de la condición de discípulo. En efecto, la fe, es ante todo, una convicción del amor objetivo que Dios ha tenido por nosotros, y se manifiesta en la entrega personal incondicionada del discípulo a ese amor divino (16): “Nosotros hemos *conocido* el amor que Dios nos tiene y hemos *creído* en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (I Ioh 4, 16). Este amor objetivo se ha revelado a los hombres en la persona y en la obra redentora de Jesús, por lo que Juan pondrá en boca del Señor estas palabras: “Permaneced en mí como yo permanezco en vosotros” (Ioh 15, 4). De ahí que la entrega incondicionada al amor divino consiste en amar a Jesucristo, estar junto a El, permanecer en El, identificarse con El y, de este modo, sentirse con El hijo de Dios y exclamar *Abbá!* Padre (17); en de-

(13) *ibidem*, p. 44.

(14) cfr. L. BOUYER, *La Bible et l'Évangile* (cap. 9, “Saint Paul et la vie dans le Christ”), Paris 1953, pp. 177-192.

(15) cfr. A. SCHULZ, o. c., p. 73

(16) Cfr. la obra de C. SPICQ, *Charité et liberté selon le Nouveau Testament*, Paris 1964, pp. 35-63.

(17) “Tras la palabra Padre está el *hecho* de nuestra verdadera filiación en Jesucristo (cfr. Gal 4, 6; Rom 8, 15ss.). Lo nuevo de la filiación del Nuevo Testamento no es un nuevo sentimiento psicológico, ni una nueva expresión de subjetividad. Lo nuevo no es tampoco una *idea* nueva, sino el *hecho* nuevo que Cristo ha creado...: el hecho de nuestra real incorporación a Cristo, que implica

finitiva, en vivir de fe, según el testimonio de San Pablo: "La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2, 20).

Del amor a Jesucristo, se pasa sin solución de continuidad al cumplimiento de sus mandamientos: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Ioh 14, 15). "Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó" (I Ioh 3, 23). La fe, pues, se prolonga desde el amor a Dios en Jesucristo hasta el *amor al prójimo reconocido como hermano*; este amor será, además, el signo distintivo por el que los hombres podrán reconocer la condición de discípulos. (Cfr. Ioh 13, 34).

Entendida de este modo absoluto y comprensivo, "la charité n'est plus seulement l'inspiratrice de la morale des enfants de Dieu, ni même l'âme de la religion nouvelle, elle constitue en quelque sorte *l'être et la vie du chrétien*" (18): "La condition de disciple se réalise dans et pour l'amour" (19).

El discípulo, según el testimonio del Nuevo Testamento en su conjunto es, pues, el que *vive con Jesús*: porque se ha encontrado con El, y El lo ha llamado y el hombre ha seguido a Jesús. En la situación postpascual, al no darse ya la relación terrena con Jesús, aquellos elementos se reelaboran, permaneciendo la substancia: Cristo se hace presente y llama a los hombres por medio de la predicación de la Iglesia y el testimonio de los cristianos. La fe es la respuesta por la que descubrimos *ahí* la presencia efectiva del Señor. Y la vida en común con Jesús tiene lugar "*in Ecclesia*", en cuyo interior, por un proceso sacramental que tiene su cumbre en la eucaristía y que exige del discípulo el correspondiente proceso ético (20), los cristianos viven en esa inefable relación personal con Jesús el Cristo que hemos llamado "fe amorosa" y que, humanamente hablando, se llama amistad: *vos autem dixi amicos!* (21).

nuestra verdadera filiación". (J. RATZINGER, *Die christliche Brüderlichkeit*, München, 1960. Traducción española: *La fraternidad cristiana*, Madrid, 1964, p. 70).

(18) C. SPICQ, o. c., p. 44.

(19) A. SCHULZ, o. c., p. 77.

(20) cfr. J. RATZINGER, o. c., p. 74.

(21) Esta inteligencia de la relación con Jesús como amistad es decisiva para la vida cotidiana del discípulo, y sólo se explica por la fe en la continuidad personal entre Jesús y el Cristo. Copio dos testimonios, tomados uno del Catolicismo y el otro del ámbito de la Reforma. Escribía hace más de treinta años J. ESCRIBA DE BALAGUER, (Camino, 422): "Jesús es tu amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... —Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti". (Cfr. P. RODRÍGUEZ, *Camino y la espiritualidad del Opus Dei*, en "Teología Espiritual" 9 (1965) 213-241, especialmente el epígrafe titulado "La amistad con Jesucristo". Escribía recientemente el teólogo de Taizé Max THURIAN (*L'homme moderne et la vie spirituelle*, Paris, 1964; traducción española: *El hombre moderno y la vida espiritual*, Barcelona, 1966, p. 33): "Cada cristiano puede considerarse el amigo de Cristo y definir de este modo toda su actitud en la vida espiritual".

Volvemos al principio. Toda nuestra reflexión ha girado en torno a la relación entre cristología y discipulado de Cristo. Estas son nuestras conclusiones:

Primera. La condición de discípulo es esencial para el teólogo, porque el amor entregado a Jesucristo afecta a la inteligencia, es una facultad de conocimiento (22). No hay cristología *cristiana* —valga la redundancia— sino en la medida en que es realizada y pensada por discípulos. Y esto, no por una conveniencia “piadosa” o “pastoral”, sino por una radical exigencia de la función teológica en la Iglesia.

Segunda, referente a la cristología vista desde la comunidad cristiana: no es válida una cristología que presente a un Cristo del que no se puede ser discípulo en el sentido en que entendieron esta sublime condición los que fueron testigos oculares de la Palabra.

(22) “Effectivement, la charité, en relation étroite avec l’intelligence, peut être considérée à bien des égards comme une faculté de connaissance: la charité qui ne passera jamais aboutit à connaître Dieu comme il nous connaît (cfr. 1 Cor 13, 8-12)”. (C. SPICQ, o. c., p. 48. Cfr. todo el capítulo titulado: “L’agapè est une faculté de connaissance”, pp. 48-53).

